

LOS MONJES Y EL ÚLTIMO SÍNODO (Un intento de encuesta)

Poco tiempo después del Sínodo de los Obispos sobre la Evangelización, *Cuadernos Monásticos* lanzó una encuesta entre unos cien monasterios, principalmente de América y Europa, con estas preguntas:

- ¿Qué interés despertó y qué repercusión tuvo en esa Comunidad el último Sínodo de los Obispos (setiembre-octubre 1974)?
- ¿Cómo enfoca ese monasterio el llamado universal a participar en la evangelización del mundo?
- ¿Qué sugiere a los monjes y monjas en general, como medio de responder concreta y eficazmente a ese llamado?

Nos llegaron sólo ocho respuestas por lo cual dimos por fracasada la encuesta. Pero esas ocho cartas no han perdido su actualidad, al contrario: su testimonio queda realzado por la Exhortación *Evangelii Nuntiandi*. Pensamos pues, que una breve síntesis de las mismas puede servir de ilustración a algunos de los temas tratados en este volumen de *Cuadernos Monásticos*.

- El sínodo, como acontecimiento de la Iglesia, despertó un verdadero interés en las comunidades: lectura de noticias en diarios y periódicos, conversaciones en los recreos, lectura de la información completa de *L'Osservatore Romano* en el refectorio, comentarios del Superior a la comunidad sobre algún documento oficial del mismo. “Había un gran deseo de información sobre la marcha y los trabajos del Sínodo para asumirlos en nuestra oración personal y sobre todo litúrgica” sintetizan Hinojo y El Borbollón.
- El Sínodo repercutió positivamente en las comunidades en el sentido de que, al poner de relieve, como lo hizo, el valor de la oración contemplativa en la evangelización, “nos está urgiendo a dar como monjes una respuesta eficaz a la acción evangelizadora de la Iglesia”. (Azul). También al presentar una panorámica de la Iglesia universal ha ayudado a tomar conciencia de los problemas de la evangelización, de la necesidad de adaptación a los diversos pueblos y situaciones. Así lo expresa Hinojo: “Por nuestra vocación misma de contemplativas llamadas a fundar en otros países nos sentimos profundamente comprometidas en la evangelización”.
- ¿Cómo enfocan los monasterios este compromiso con la evangelización? Stanbrook nos envía una interesante síntesis de lo que al respecto dicen los documentos conciliares y concluye de ahí que es esencialmente en el corazón de Cristo donde la monja sale al encuentro de las necesidades de los hombres y obtiene las gracias de salvación que el mundo necesita; pero que al mismo tiempo la Iglesia valora la presencia física de las comunidades contemplativas, por causa de, su testimonio callado, no sólo en tierras de misión sino también en aquellos países considerados antes como cristianos y que ahora se están alejando rápidamente de la fe y la moralidad cristianas. Por esto los monasterios deben estar muy atentos a la imagen que proyectan a su alrededor y agrega: “nuestra comunidad se empeña en vivir de acuerdo con estas directivas, primero, dando testimonio de la majestad y el amor de Dios a través de nuestra oración, especialmente de la Liturgia de las Horas; y luego, de nuestra fraternidad común en Cristo, por medio de nuestra caridad fraterna. En la medida en que alcancemos esta meta podremos dar testimonio ante quienes entran en contacto con nosotros”.

También para el Monasterio de la Virgen, de Petrópolis, Brasil, la vida fraterna y la oración comunitaria son el primer acto evangelizador de la comunidad monástica.

“Creemos que para nosotras, dice Hinojo es fundamental que hagamos sentir a los demás que, justamente por nuestro apartamiento aparente, todos los problemas de la Iglesia universal, de nuestra diócesis, de nuestros huéspedes y de nuestros vecinos son, nuestros. En general la gente lo siente así más allá de las palabras. Por eso, nuestro rol eclesial es sumamente importante porque es un rol de ‘ser’ más que de ‘hacer’. En la medida en que somos Iglesia, la Iglesia nace y crece”.

El Priorato de Ntra. Señora de la Resurrección, N.Y. USA, nos escribe que “el monje debe proponerse anunciar la Buena Nueva viviendo el Evangelio concretamente en su vida cotidiana. El monje y la comunidad deben ser una señal viva dentro de la Iglesia local donde el monasterio se inserta y comparte la misión de anunciar a Cristo”.

“La tradición monástica más auténtica señala que el monasterio en sí mismo es evangelización del mundo ‘vivenciada’”, anota Azul.

Y corrobora El Borbollón, “Nosotras hemos de ser evangelio viviente”.

- A la tercera pregunta nos responde acertadamente un monje de Ligugé, resumiendo así los medios más concretos del apostolado monástico:

- La oración y el sacrificio

- La ejecución digna y viva del *opus Dei*

- La hospitalidad brindada a personas que vienen a hacer retiros, a penitentes, a jóvenes en búsqueda, a huéspedes en general, a los pobres. (“La tradicional hospitalidad monástica, compartiendo nuestra manera específica e intensa de vivir la Palabra de Dios”, anotan los monjes de Azul).

- La contribución a la reflexión humana y cristiana sobre los problemas de nuestro tiempo: ciencias humanas, equilibrio de vida, fe y ateísmo, fe y vida... Es evidente que estos problemas difieren según los países y que los monasterios no han de responder todos de la misma manera; pero los monjes deberían tener una común desconfianza de la ideología, del slogan, de la eficacia inmediata, de las modas, sean cuales fueren las urgencias a que se hallen abocados.

- Por último algunos expresan su experiencia personal del Sínodo, como contemplativos.

Dice así un monje de Ligugé: “Traté de seguir lo mejor posible el desarrollo del Sínodo por medio de los documentos y comentarios a mi alcance: recuerdo que el tema principal de estos últimos era la pluralidad de expresión de la Iglesia y cómo asume ésta los problemas humanos de la sociedad. En lo que a mí respecta, siento que estos problemas me superan en la medida en que se relacionan con el *homo faber* o el *homo politicus*, pero en cambio, pienso que el *homo monasticus*, siendo lo que es y reflexionando según sus medios, puede aportar una cierta contribución -siempre marginal, por otra parte- a la vida de la Iglesia y del mundo”.

Los monjes de Azul nos dicen: “Me he sentido urgido en mi creatividad para colaborar en la búsqueda de un monacato adecuado al hombre latinoamericano de hoy, como mi respuesta concreta a la misión evangelizadora de la Iglesia.”.

“Al oír a los Padres sinodales hablar sobre la necesidad de la contemplación y de la oración para una verdadera y auténtica evangelización, he podido comprender más profundamente que evangelización y contemplación no se oponen. Ambas son la vivencia gozosa y compartida del amor salvador del Padre para con todos los hombres, por Cristo en el Espíritu. Junto a los hermanos que tienen el ministerio de la proclamación de la Buena Noticia y que deben ser por eso “contemplativos en la acción”, estamos los monjes, que hemos de servir también a la evangelización siendo “activos en la contemplación”.

Terminaremos estas breves reflexiones con estas palabras de Pablo VI en su Plegaria al Divino Maestro, al comienzo de la Asamblea Sinodal:

“El hecho mismo de la Evangelización nace de Ti, Señor, como un río: un río que tiene su fuente, y Tú, Cristo Jesús, eres precisamente esa fuente”.